

# Veritatis Splendor

## UN PROVOCADOR

Monseñor Bernardino Pinera  
Arzobispo Emérito de La Serena

A su regreso de Europa, entrevistaron a un destacado sociólogo hombre público chileno que acababa de participar en una unión de sociólogos franceses. Esto había sido convocada en torno a Alain Touraine, con motivo de su retiro como profesor universitario, por sus colegas y ex-alumnos, muchos de ellos socialistas.

Dijo nuestro sociólogo que, en Europa, se había producido un cambio de 180°. Y, como una prueba de su afirmación, contó que el Papa Juan Pablo II era considerado hoy día en Europa -al menos en ese conventículo socializante- como una figura de máxima importancia. Es un "provocador", decían, uno de los pocos hombres que habla desde una certeza, que cree lo que dice, que no teme decirlo, ni teme estar en contradicción con la mayoría, al menos con la mayoría expresa

En el mundo de lo relativo, el Papa es el hombre de lo absoluto, en el mundo del presente, de lo actual, es el hombre de lo eterno, de lo que no pasa. En el mundo del pluralismo, de la tolerancia y de la indiferencia, él es el hombre de la fe, de la pasión y de la mística. Es el gran referente, el que sorprende, desconcierta, irrita a veces y, al mismo tiempo, inquieta, interpela e invita a pensar de nuevo.

Veritatis Splendor tiene algo de grandioso. Algo del teatro griego, de Esquilo más que de Eurípides. O, más profundamente, un hálito bíblico, algo de Job o de Isaías. La tesis es simple: el bien es hacer la voluntad de Dios, el mal es desobedecer a Dios. Dios nos revela lo que es bueno y lo que es malo. No es el hombre quien decide de lo bueno y de lo malo. El "árbol del bien y del mal" es el árbol que El se ha reservado. El demonio sigue susurrando al oído de los hombres: "sí comen de la fruta de ese árbol serán como Dios, conocedores del bien y del mal". Y los hombres seguimos comiendo del fruto prohibido; seguimos inventando éticas a nuestro gusto. No necesitamos de Dios para discernir el bien y el mal ¡nosotros somos Dios! Tal vez por eso mismo, como Adán y Eva, nos sentimos confusos y tenemos miedo.

El Santo Padre no se detiene en la casuística. No entra en consideraciones de psicología o de sociología. En el mar tempestuoso del mundo él no es el salvavidas que intenta rescatar a los naufragos. En esta Encíclica al menos, él es el faro que ilumina los arrecifes y permite evitar las catástrofes. Su "provocación" es la luz que desafía las tinieblas.